# CAPITULO VIII.

Formacion del discurso lógico, y su trasformacion en discurso oratorio.

Faltanos presentar un ejemplo, y esplicar en él la operacion que hemos aconsejado. No formularemos un discurso propio, como lo hicimos en la parte de elocuencia parlamentaria, para evitar que se crea que lo preparamos con designio, de modo que cuadre á nuestro objeto y se acomode á las observaciones hechas con una facilidad que en otros casos pudiera echarse de menos. El discurso que presentaremos será el que pronunció Chateaubriand en la Cámara de los Pares al tratarse de la destitucion de Cárlos X; discurso que nos ha conservado Luis Blanc en su historia de los diez años, y mas completo y exacto el mismo Chateaubriand en sus Memorias. Trazaremos ante todo el discurso lógico en sus mas ceñidas proporciones, y con presentar despues el que se pronunció en la tribuna, habremos ofrecido el cuadro de la trasformacion de uno en otro, y demostrado ese mecanismo sencillo en sí mismo, por mas que á primera vista parezca difícil y complicado.

Chateaubriand queria sostener los derechos de suce-

sion en la dinastía, y despues de pronunciar algunas palabras por via de exordio sobre la novedad que queria hacerse en la Cámara, se apodera de la cuestion principal, y anuncia el pensamiento de que ni podia establecerse una república, ni nombrarse un nuevo rey. A estas dos ideas está reducida la arenga, que en su forma lógica abraza las siguientes proposiciones.

Una república tendria contra sí el poder de los recuerdos.

Traeria consigo el desbordamiento de las pasiones, y no hay un Napoleon que las contenga y enfrene.

Si el presidente obra con legalidad carecerá de prestigio, y bien pronto tendrá que dejar el puesto; y si se conduce revolucionariamente se hará odioso en el interior y dará lugar á agitaciones que llamarán otra vez sobre la Francia la intervencion estrangera.

Con una monarquía nueva no podria sostenerse la libertad de la imprenta.

En este lugar habia preparado el orador un bello apóstrofe á los estrangeros y un cumplido elogio á la revolucion de Julio, que pudiera servir al mismo tiempo de transicion al pensamiento culminante á que queria venir á parar.

El jóven príncipe, se añade, podria recibir una educacion popular, y regir algun dia dignamente los destinos de esta gran nacion.

Si hoy se elige un rey se querrá elegir otro mañana, y la inestabilidad de la institucion la hará caer en el desprecio.

Si la razon no permite seguir el rumbo que impugno, solo podrá apoyarse en la fuerza, pero la fuerza mata tarde ó temprano al mismo que la emplea.

A seguida se entra en la parte de afectos, estableciendo comparaciones, se engrandecen los pensamientos y la diccion, se dan golpes maestros que escitan la sensibilidad, y se concluye con una idea tierna y profunda á la vez.



A esto sólo está reducido el discurso lógico, molde del que debia pronunciarse en ocasion tan crítica y solemne. ¿Quién al verle podria presentir las formas magníficas con que se iba á engalanar al trasformarse en discurso oratorio? Quien pueda calcular al ver la imperceptible semilla de un árbol, la gigante altura á que ha de elevarse en su desarrollo.

He aquí cómo Chateaubriand dispuso esa trasformacion.

"Señores:

"La declaracion presentada en esta Cámara es mucho menos complicada para mí, que para los señores pares que profesan una opinion distinta de la mia. En esta declaracion, un hecho, á mi modo de ver, domina á todos los demas, ó mas bien los destruye. Si nos hallásemos en un órden de cosas regular, examinaria, á no dudarlo, con mucho detenimiento, las alteraciones que se pretenden introducir en la Carta. Muchas de ellas las he propuesto yo mismo, y únicamente me estraña que se haya podido hablar á esta Cámara de la medida reaccionaria, concerniente á los pares de creacion de Cárlos X. Me parece que no puede sospecharse en mi bebilidad, pues sabeis he combatido hasta las amenazas; pero constituirnos en jueces de nuestros mismos colegas, y eliminar de la lista de los pares á algunos individuos, solo porque seamos mas fuertes, opino que se asemeja mucho á la proscripcion. ¿Se quiere destruir la dignidad del

par? Sea en buen hora: mas vale perder la vida que pedirla con humillacion.

Me es muy sensible emplear estas pocas palabras en una circunstancia, que por importante que sea, desaparece ante la grandeza del acontecimiento. Cuando la Francia se encuentra sin direccion, deberia acaso ocuparme, de lo que es necesario añadir ó quitar á los mástiles de un navío que ha perdido el timon. Separo, pues, de la declaracion de la Cámara electiva cuando es de un interés secundario, y limitándome al único hecho enunciado de la vacante verdadera ó supuesta del trono, marcho directamente á mi objeto.

Pero antes debemos examinar una cuestion preliminar: si el trono está vacante, somos árbitros de elegir la forma de gobierno que mejor nos parezca.

Antes de ofrecer la corona á un individuo cualquiera, bueno será saber con qué especie de órden político constituiremos el órden social. ¿Estableceremos una república ó una nueva monarquía?

Una república ó una monarquía nueva, ¿ofrecen á la Francia suficientes garantías de duracion, fuerza y tranquilidad?

Una república tendria desde luego en contra suya los recuerdos de la república misma, recuerdos que de ninguna manera se han borrado. No se ha olvidado aún el tiempo en que colocada la muerte entre la libertad y la igualdad, marchaba apoyada en sus brazos. Si volveis á caer en una nueva anarquía, ¿podríais despertar al Hércules, que es el único capaz de ahogar al mónstruo? Dentro de mil años vuestra posteridad quizá vuelva á ver aparecer otro Napoleon: vosotros no lo espereis.

Ademas, en el estado de nuestras costumbres, y de las relaciones con los gobiernos que nos rodean, la república, salvo error, no me parece posible por ahora. La primera dificultad con que para ello se tropezaria, seria la de reducir á los franceses á un voto unánime. ¿Qué derecho tiene la poblacion de Paris, para obligar á la de Marsella ó á cualquiera otra poblacion á constituirse en república? ¿Habria una sola, ó veinte ó treinta repúblicas? ¿Serian federativas ó independientes? Pasemos por alto todos estos obstáculos. Supongamos una república única: con nuestra familiaridad natural ¿creeis que un presidente, por grave, respetable y hábil que fuese, podria permanecer un año al frente de los negocios sin aburrirse y retirarse? Poco defendido por las leyes y los recuerdos, contrariado, envilecido, insultado noche y dia por rivales encubiertos y agentes revolucionarios, no inspiraria bastante confianza al comercio ni á la propiedad: no tendria ni la dignidad conveniente para tratar con los gabinetes estrangeros, ni el poder necesario para mantener el órden interior. Si hacia uso de medidas revolucionarias, la república se haria odiosa: la Europa inquieta se aprovecharia de aquellas divisiones, las fomentaria, intervendria, y se encontraria empeñada nuevamente en luchas encarnizadas. La república reprensentativa es indudablemente el estado futuro del mundo; pero su tiempo no ha llegado todavia.



Paso á la monarquía.

Un rey nombrado por las Cámaras, ó elegido por el pueblo, por mucho que se haga, siempre será una novedad. Ahora bien, yo supongo que se quiere la libertad, sobre todo la libertad de imprenta, por la cual y para la que el pueblo acaba de conseguir una victoria tan brillante. Pues bien, toda monarquía nueva se verá obligada mas pronto ó mas tarde á ponerla una mordaza. ¿El mismo Napoleon pudo admitirla? Hija de nuestras

desgracias y esclava de nuestra gloria, la libertad de imprenta no vive en seguridad sino con un gobierno cuyas raices están ya muy profundas. Una monarquía bastarda de una noche sangrienta, ¿no tendria nada que temer de la independencia de las opiniones...? Si estos pueden predicar la república, y aquellos otro sistema, ¿no temeis el veros obligados á recurrir bien pronto á leyes escepcionales, á pesar del anatema contra la censura añadido en el art. 8.° de la Carta?

Entonces, amigos de la libertad arreglada, ¿qué habeis ganado con el cambio que os proponen? Vendreis á parar por fuerza ó en la república ó en la servidumbre legal. La monarquía será derribada y arrebatada por el torrente de las leyes democráticas, ó bien el monarca tendrá que seguir el movimiento de las facciones.

En la embriaguez del triunfo todo parece fácil: se espera satisfacer todas las exigencias y todos los intereses: se cree que cada uno depondrá sus miras personales y su vanidad, y que la superioridad de las luces y la sabiduría del gobierno superarán dificultades sin número: pero al cabo de algunos meses, la práctica viene á desmentir á la teoría.

No os presento, señores, mas que alguno de los inconvenientes anejos á la formacion de una república ó de una monarquía nueva. Si una y otra ofrecen peligros, quedaba un tercer partido, este merecia la pena de que se le hubiesen dedicado algunas palabras.

Unos ministros imbéciles y mal intencionados han mancillado á la corona, y han sostenido la violacion de la ley con el asesinato, se han burlado de los juramentos hechos al cielo y de las leyes juradas á la tierra.

Estrangeros, que habeis entrado dos veces en Paris sin resistencia, sabed la verdadera causa de vuestras



ventajas: os presentábais en nombre de un poder legal. Si en el dia acudiéseis en auxilio de la tiranía, ¿pensais que se os abririan tan fácilmente las puertas de la capital del mundo civilizado? La nacion francesa ha cobrado nuevo vigor desde vuestra marcha bajo el régimen de las leyes constitucionales; nuestros niños de catorce años son unos gigantes: nuestros conscriptos en Argel, nuestros estudiantes en Paris acaban de revelaros á los hijos de los vencedores de Austerlitz, Marengo y Jena; pero hijos fortalecidos con todo cuanto la libertad añade á la gloria.

Jamas ha habido defensa mas legítima y heróica que la del pueblo de Paris. No se ha sublevado contra la ley; mientras se ha respetado el pacto social, el pueblo ha permanecido pacífico: ha sufrido sin quejarse los insultos, las provocaciones y las amenazas: tenia que dar su dinero y su sangre en cambio de la Carta, y ha prodigado uno y otra.

Pero cuando despues de haberle engañado hasta el último momento, se ha tratado de repente de esclavizarle: cuando ha estallado de improviso la conspiracion de la barbarie y de la hipocresía; cuando un terror de palacio organizado por eunucos, ha creido poder reemplazar al terror de la república y al yugo del hierro del imperio, entonces ese pueblo se ha armado de toda su inteligencia y valor; se ha visto que esos *tenderos* respiraban con bastante facilidad entre el humo de la pólvora, y que se necesitaban mas de *cuatro soldados y un cabo* para reducirlos. Un siglo no hubiera madurado tanto los destinos de un pueblo, como los tres dias que acaban de brillar para la Francia. Se ha cometido un crímen gravísimo; ha producido la enérgica esplosion de un principio; ¿y por causa de este crímen y del triunfo moral y

político que ha sido su resultado, se debia trastornar el órden de cosas establecido? Examinémoslo.

Cárlos X y su hijo han sido depuestos ó han abdicado, como mas os agrade entenderlo: pero el trono no se halla vacante: despues de ellos venia un niño: ¿debia condenarse su inocencia?

¿Qué sangre clama en el dia contra él? ¿Os atreveríais á decir que la de su padre? Ese huérfano, educado en las escuelas de la patria, é inspirado en el amor al gobierno constitucional y las ideas de su siglo, hubiera podido llegar á ser un rey en armonía con las necesidades del porvenir. Al encargado de su tutela es á quien debia hacerse jurar la declaracion sobre la cual vais á votar: cuando llegase á su mayoría, el jóven monarca renovaria el juramento. El rey presente, el rey actual, lo hubiera sido el señor duque de Orleans, regente del reino, príncipe que ha vivido cerca del pueblo, y que sabe que la monarquía no puede ser en el dia mas que una monarquía de consentimiento y de razon. Esta combinacion natural me habria parecido un gran medio de conciliacion, y tal vez hubiera evitado á la Francia esas agitaciones que son la consecuencia de los cambios violentos de un estado.

Decir que ese niño, separado de sus maestros, no tendria tiempo de olvidar hasta sus nombres antes de llegar á ser hombre: decir que permaneceria infatuado con ciertos dogmas de nacimiento, despues de una larga educacion popular, despues de la terrible leccion que ha precipitado á dos reyes, ¿es por ventura razonable?

No por adhesion sentimental, ni por una ternura de nodriza, trasmitida de niño en niño desde la cuna de Enrique IV hasta la de Enrique V, defiendo una causa en que si triunfare, todo se volveria contra mí. Yo no



aspiro ni á la novela, ni á la caballería, ni al martirio: no creo en el derecho divino de los reyes, pero sí en el poder de las revoluciones y de los hechos. No invoco ni aun la Carta; tomo mis ideas de un poco mas arriba: las saco de la esfera filosófica de la época en que espira mi vida: propongo al Duque de Burdeos simplemente, como una necesidad de mejores quilates que la de que se trata.

Sé muy bien, que alejando á ese niño se quiere establecer el principio de la soberanía del pueblo: simpleza de la antigua escuela, que prueba que con respecto á la política, nuestros viejos demócratas no han hecho mas progresos que los veteranos de la autoridad real. En ninguna parte hay soberanía absoluta: la libertad no emana del derecho político, como se suponia en el siglo XVIII: proviene del derecho natural, lo cual hace que exista en todas las formas de gobierno, y que una monarquía pueda ser libre, mucho mas libre que una república; pero no es este el tiempo ni el lugar de esplicar un curso de política.

Me contentaré con hacer la observacion, de que cuando el pueblo dispone de los tronos, ha dispuesto tambien de su libertad; y el principio hereditario monárquico, absurdo á primera vista, es preferible al principio de la monarquía electiva, como lo ha acreditado el uso. Las razones son tan evidentes, que no necesito detenerme á demostrarlas. Ahora elegís un rey, ¿quién os impedirá elegir otro mañana? La ley, me direis; ¿la ley? ¡pues si vosotros la haceis!

Hay una manera todavia mas sencilla de cortar la cuestion, y es el decir: ya no queremos á la rama primogénita de los Borbones. ¿Y por qué no la quereis? Porque somos los vencedores: hemos triunfado por una causa justa y santa; usamos de nuestro doble derecho de conquista.

Muy bien: proclamais la soberanía de la fuerza. Entonces guardad cuidadosamente esa fuerza, porque si la perdeis dentro de algunos meses, no os podreis quejar de lo que os suceda. ¡Tal es la naturaleza humana! Los espíritus mas ilustrados y mas justos no suelen elevarse mas allá de una ventaja. Esos mismos eran los primeros en invocar el derecho contra la violencia, y apoyaban este derecho con toda la superioridad de su talento; pero en el momento mismo en que la verdad de cuanto decian se halla demostrada por el mas abominable abuso de la fuerza, y por el trastorno de esa fuerza, los vencedores vuelven á apoderarse del arma que habian roto. Trozos peligrosos que herirán las manos, sin que puedan servir para nada.

He trasladado el combate al terreno de mis adversarios, no he ido á vivaquear en lo pasado bajo la antigua bandera de los muertos, bandera que no carece de gloria, pero que cae á lo largo de su asta, porque no la levanta ningun soplo de vida. Aun cuando yo removiese las cenizas de los treinta y cinco Capetos, no produciria un solo argumento que quisieran escucharme. La idolatría de un hombre está ya abolida: la monarquía no es una religion: es una forma política preferible en estos momentos á cualquiera otra, porque hace mas compatible el órden con la libertad.

Inútil Casandra, ya he fatigado bastante al trono y á la patria con mis advertencias desatendidas: no me resta ya mas que sentarme sobre los restos del naufragio que tantas veces habia predicho. Reconozco en la desgracia toda especie de poder, menos el de absolverme de mis juramentos de fidelidad. Debo tambien hacer mi vida uniforme: despues de cuanto he hecho, dicho y escrito en favor de los Borbones, seria el mas miserable de



los hombres, si renegase de ellos, en el momento en que por la tercera y última vez van caminando al destierro.

¡Quédese en buena hora el miedo para esos generosos realistas que jamas han sacrificado un óbolo ó un destino á su lealtad: para esos defensores del altar y del trono, que en otro tiempo me llamaban renegado, apóstata y revolucionario. ¡Piadosos libelistas, el renegado os llama! Venid, pues, á balbucear con él una palabra, una sola palabra, por el infortunado amo que os colmó de dones, y á quien habeis perdido!.... Provocadores de golpes de estado, predicadores del poder constituyente, ¿en dónde estais?.... Os ocultais en el fango desde el cual levantábais valientemente la cabeza para calumniar á los verdaderos servidores del rey: vuestro silencio de hoy dia es digno de vuestro lenguaje de ayer. Que todos esos valientes, cuyas proyectadas hazañas han hecho que sean ignominiosamente espulsados los descendientes de Enrique IV, tiemblen ahora acurrucados bajo la bandera tricolor: nada mas natural. Los nobles colores con que se adornan protegerán sus personas, pero no cubrirán su cobardía.

Al espresarme con franqueza en esta tribuna, no creo cumplir ningun acto de heroismo. No estamos ya en aquellos tiempos en que una opinion costaba la vida: si nos encontrásemos en ellos, hablaria cien veces mas alto. El mejor escudo es un pecho que no teme presentarse desnudo al enemigo. No, señores, nosotros no tenemos que temer, ni al pueblo, cuya razon iguala á su valor, ni á esa generosa juventud, á la cual admiro, con la que simpatizo con todas las facultades de mi alma, y á la que deseo como á mi pais, honor, gloria y libertad.

Lejos de mí la idea de esparcir semillas de division en la Francia; por eso he negado á mi discurso el acen-

to de las pasiones. Si tuviese la conviccion íntima de que un niño debe permanecer en la clase oscura y feliz de la vida para asegurar el reposo de treinta y tres millones de hombres, hubiera mirado como un crímen toda palabra que estuviese en contradiccion con las necesidades del tiempo; pero no me anima semejante conviccion: Si tuviera el derecho de disponer de una corona, la pondria con gusto á los piés del señor duque de Orleans. Pero no veo vacante mas que un sepulcro en S. Dionisio, y no un trono.

Sea cual fuese el destino reservado por la Providencia al señor lugar-teniente general del reino, jamas seré su enemigo si hace la felicidad de mi patria. Solo pido que se respete la libertad de mi conciencia y el derecho de ir á morir en donde quiera que encuentre independencia y tranquilidad.

Voto contra el proyecto de declaracion."

En este bello discurso puede verse la aplicacion de las reglas antes dadas, y la trasformacion feliz del argumento lógico en la arenga parlamentaria. Esta trasformacion es fácil cuando se cuenta con ideas y conocimientos antes adquiridos, cuanto seria difícil, ó mas bien imposible si estos faltasen, porque todas las dotes oratorias no bastarian á llenar tan inmenso vacío. Y no puede menos de ser fácil, porque es natural; puesto que el pensamiento tiende siempre á dilatarse, á recorrerlo todo en sus contínuas y variadas escursiones, á apoderarse de los objetos, y á recrearse con su contemplacion y con su pintura. Siempre que se le sujeta y contiene se le violenta; y solo en un discurso es donde corriendo con libertad se ostenta con toda su lozanía y con todas sus gracias.

En el modelo que acabamos de ofrecer encontramos



menos dilatacion en las ideas de la que acaso les convendria. Esto depende sin duda de la diferencia que hay entre el orador y el escritor. El último se vale de formas concisas, en tanto que el primero se detiene en todas partes, y las recorre para embellecerlas. No es estraño que el hombre que habia pasado su vida escribiendo, que habia enriquecido la literatura con su Ensayo sobre las Revoluciones, con el Genio del Cristianismo, con los Mártires, con el Congreso de Verona, con el Itinerario de Paris á Jerusalen y con sus Memorias, aparte de tantos folletos políticos que fueron su constante ocupacion, hubiese contraido el hábito de espresarse con laconismo, y que este hábito se hiciese sentir en sus producciones en la tribuna. Por esta razon Chateaubriand descuella mas como escritor que como orador.

Tambien contribuye al mismo efecto el genio de la lengua francesa, mas cortada y precisa en la espresion de las ideas, que la nuestra. Nosotros amplificamos mas, tal vez porque somos menos ligeros y menos impacientes. Gustamos de detenernos en los pensamientos, de pintar y de gozar de las pinturas. La pluma y la palabra de un francés vuelan como su imaginacion, y las gracias se derraman en golpes maestros que se dan al paso. Nosotros tenemos una marcha mas reposada, y no hablamos ni escribimos como si el instante que espera viniese mas bien que á reemplazar, á devorar al presente. Por esto encargamos en otra parte, que cuando se consulten modelos, se tome muy en cuenta la diversidad en el genio de los idiomas, porque sin esta precaucion se quitará á nuestras obras la fisonomía de la patria, el corte y rumbo de nuestro gusto, y el mérito de la naturalidad, de la costumbre y de las tradiciones.